

## DANTE

## I

CORRIENDO el año 1274 y la tarde más apacible del mes de Mayo, celebrábase una fiesta, sabroso paréntesis á las discordias civiles y á las encarnizadas luchas de las facciones, en el palacio del opulento patricio florentino, Fulco Portinari—palacio no muy distante del admirable bautisterio de San Juan, que había de ser cantado por la musa.—Este género de solaces no eran en la Italia del siglo XIII graves y acompañados, sino jubitosos hasta el delirio. Bullía la multitud ricamente ataviada; tejieran las *donne* las pobladas trenzas que á guisa de marco rodeaban su rostro con perlas y flores; ciñeran á sus gargantas sartas gruesas de ámbar y corales; en los dedos lucían sortijas preciosas, y la joyante seda de sus briales crujía al airoso movimiento de sus cuerpos. Divertíalas con bufonadas un contrahecho enano, que sujetaba por la cadena de plata de su cinto de campanillas un galguillo ner vioso y esbelto. Circulaban

de salón en salón y de galería en galería los sirvientes ofreciendo en macizas bandejas repujadas y en cestos de veneciano irisado vidrio raras golosinas, *confetti* que imitaban aves y peces de brillantes colores y argentada escama, panecillos dorados como un ascua de oro, frutas de miel, apretados racimos de uvas, pirámides de limas y naranjas, y ánforas de cristal henchidas de obscuro *nebiolo* ó de malvasía fragante. La concurrencia no desairaba los refrescos, sin dar de mano á chanzas y galanterías. Sonaba una acordada música, recreando blandamente los sentidos, y en los intermedios se formaba corro alrededor de algún mancebo que recitaba con expresión las cantilenas de los trovadores favoritos, de Guido Giunicelli ó del príncipe Manfredo.

Murmullos, bromas, requiebros, música y *canzonette* cesaron como por magia al abrirse una puerta dando paso al dueño de la casa, que traía de la mano á Beatriz su hija. Diríase que á las bulliciosas estancias acababa de descender el ángel del silencio.

Era la tierna doncellita como los blancos lirios campestres, á quienes, según la poética frase de la Biblia, viste Dios traje más espléndido del que pudo ostentar Salomón en su mayor gloria. Contrastaba su figura con la alborotada multitud, lo mismo que una mística creación de Beato Angélico con las pinturas de Veronés ó Julio Romano. Entre los brocados y tisúes, plumas y joyas, destacábase Beatriz sin más adorno que una ceñida tunicela color de



fuego, y un airoso manto verde; bajo una corona de follaje de oliva, flotaba sobre su rubia cabellera, tendida por los hombros, un cándido velo de lino<sup>1</sup>. Adelantábase la hija de Portinari rompiendo la viva marea de los convidados á la fiesta, con el carmín de la modestia en las mejillas, la gravedad del recato en los ademanes, en los ojos la luz de la inocencia, y en todo su porte tal agrado y compostura, y nobleza y decoro, que pondrían admiración en años más maduros. — Los suyos no pasaban de ocho.

Nueve cuenta aquel rapazuelo de frente vasta, de nariz ya aguileña, de mirada profunda y pensativa, vestido de obscuro, reconcentrado y silencioso, que, apoyado en el antepecho de calada galería, mira absorto la angélica aparición. Borrado de su retina el espectáculo de la fiesta, el abigarrado gentío, la rica decoración de las estancias, el atractivo y movido cuadro de tanta belleza y lujo, sólo veía aquella silueta — austera y grave cuanto puede serlo la infancia. Imaginaba el niño — ilusión de un cerebro sobreexcitado por el ruido, la música y las *canzonette* — que bizantina figura como la pintada por Francescone, sobre fondo de oro, en el maravilloso retablo de San Juan, se había hecho carne y posaba sus pies en la tierra. Los

«.....  
Sovra candido vel cinta d'oliva  
Donna m' apparve, soto verde manto  
Vestita di color di fiamma viva.»

(Purg., xxx.)

convidados al sarao de Portinari pudieron ver que, mientras Beatriz recorría la sala, estuvo Dante Alighieri con las manos cruzadas, á guisa del que reza fervorosamente; y cuando pasó á su lado la gentil doncellita, exhaló un suspiro y dijo en alta voz: "Rodeadla de azucenas<sup>1</sup>."  
¿Fué así como el grande épico católico hizo conocimiento con su musa? ¿Admitiremos la encantadora tradición, ó creeremos buena y sencillamente que, próxima la casa hidalga, aunque modesta, de los padres de Dante al suntuoso y torreado palacio del padre de *Bice*, los dos niños fueron compañeros de juegos y solaces pueriles, antes de darse la mano para trepar por las veredas del Purgatorio y ascender á las cumbres del Paraíso? ¿Iremos más allá todavía y negaremos rotundamente la existencia de semejante amor, considerando absurda hasta la suposición de su posibilidad entre una niña de ocho años y un niño de nueve, y atribuyendo al novelero Boccaccio la paternidad de semejante inverosímil historia y la invención de atribuir á la hija de Fulco Portinari, cuyo nombre no menciona Dante — á decir verdad — ni una sola vez, la insigne y señalada gloria de haber inspirado é iluminado con su

«.....  
L'alta virtù, che già m'avea trafitto  
Prima ch'io fuor di puerizia fosse.

«.....  
E fior gittando di sopra è dintorno

*Manibus o date lilia plenis.*»

(Purg., xxx.)



semi-divina presencia el *Convite*, la *Vida Nueva* y la gran trilogía del *Paraiso*, el *Purgatorio* y el *Infierno*?

Nutridísima biblioteca forman ya las obras que tienen por objeto esclarecer el simbolismo de la poesía y la prosa dantesca. Sus intérpretes, parapetados detrás de una erudición curiosa y escudriñadora, sostienen las más opuestas versiones. Libre es, pues, la imaginación para fantasear como desee la parte todavía nebulosa, quizá nebulosa para siempre, de los orígenes de la alegoría dantesca. Libre es también el juicio para adoptar la hipótesis más racional y probable. Antes de decir cuál sea ésta, á mi entender, y sin pretensiones de un acierto que los más estudiosos no han conseguido aún, creo que conviene considerar el estado de Italia cuando despuntaba el genio de su poeta mayor, y reseñar la vida de Dante, ó al menos lo que de ella se sabe con certidumbre. Y la consideración del estado de Italia en el siglo XIII se impone á todo el que quiera hablar de Dante, porque, según la frase de un admirable crítico francés<sup>1</sup>, el poema de Dante es la expresión de su época histórica, tomada en el sentido más amplio, que comprende, no sólo las pasiones, luchas y odios políticos, sino la ciencia, la fe y la imaginación: confirmándose así con cuánta razón tenía Vico á Dante por tipo del *historiador ideal*, y demostrándose la identificación pre-

<sup>1</sup> Sainte-Beuve: *La Divine Comédie de Dante*, traduite par M. Mesnard.

cisa,—característica de los tiempos modernos,—de la poesía y la historia.

Italia, en los últimos siglos de la Edad Media, caminaba al frente de la civilización europea, lo mismo que había caminado Roma al frente del mundo antiguo. Debía esta preeminencia á dos fuerzas incontrastables que encerraba en su seno: el Papado y la tradición artística. Por el Papado ejercía Italia predominio espiritual; por la tradición infiltraba su espíritu á los demás pueblos cristianos y preparaba el Renacimiento, que había de advenir, mediante la total expansión, en terreno cristiano, de los gérmenes siempre vivaces transmitidos de Grecia á Roma. El viajero que hoy visita la península italiana siente—como sentía Goethe—que en aquel territorio no existió verdadera Edad Media; que jamás la espesa sombra romántica envolvió en sus crespones el país de luz y armonía donde se ceció la cuna de Virgilio. Cuando Dante Alighieri toma por guía al poeta mantuano, expresa un concepto general de filosofía histórica. La Edad Media, en Italia, está empapada de romanismo y helenismo.

Era demasiado vigorosa, fuerte y definida la cultura latina para que la desterrase ó la venciese la influencia de los bárbaros. Antes al contrario, los bárbaros habían de sufrir la presión del mundo latino, tenaz é indestructible. Siempre que intentamos representarnos la destrucción y ruina del Imperio romano por los bárbaros, adolece nuestra representación de dramática y violenta en demasía: creemos que



una civilización se destroza lo mismo que se hicieron añicos, al airado golpe del martillo, las marmóreas efigies de los númenes de la gentilidad. Cuando en una nación son tan coherentes y armónicas las distintas direcciones de la actividad humana—creencias, derecho, arte, literatura, política—como en el pueblo romano eran, destruiréis las aras de sus dioses, pero quedarán en pie la fe, la moral y la metafísica que las alzaron; quebrantaréis sus estatuas, arrasaréis sus monumentos, pero los que alcéis nuevamente se parecerán á los antiguos; proscribiréis una institución, y veréis nacer y dominar otra animada del mismo espíritu y tendiendo á los mismos fines; cubriréis de extraños signos las páginas de sus poetas, y bajo el fárrago sobrepuesto surgirá la vieja inmortal estrofa. En Italia, la capilla donde se reza al Crucificado siempre se parecerá á la *cella* del santuario apolinico; San Pedro recordará á Júpiter Capitolino; el templo que hoy—hoy mismo—construyan los Pontífices, evocará, con sus mármoles y jaspes, sus ágatas y serpentinatas, sus columnatas y sus naves gigantescas—las Termas de Diocleciano el perseguidor;—y el Imperio universal y la república democrática y la oligarquía, las tres formas políticas del Estado romano, continuarán disputándose el terreno, representadas por los gibelinos y los güelfos, la Iglesia y los Césares, con tal coincidencia de situaciones, que á veces se diría que la eterna novatriz, la historia, cansada de engendrar, se copia á sí misma.

Impregnada hasta tal extremo de su antiguo jugo, Italia no pudo tener Edad Media propiamente dicha. Sus tiranuelos facciosos no son señores feudales, como su imperialismo no fué espíritu monárquico.

Sin embargo, en Italia había nacido la propaganda activa y social del Evangelio; de Italia había irradiado á las demás naciones—hasta á las mismas comarcas asiáticas donde vivió y murió el Redentor.—Así como no era posible que la resistente argamasa romana se hiciese polvo, tampoco cabía que el cristianismo, con su inmensa fuerza de penetración y difusión, no la ablandase á trechos, no arrancase de su seno chispas. Si en Italia no hubo *aura gótica* (aunque hubiese arte ojival muy primoroso), el *aura mística* sopló tal vez con mayor intensidad que en ninguna tierra de las que adoraron la Cruz. Baste recordar el nombre de San Francisco de Asís.

Fué, pues, la historia en Italia, durante los siglos en que termina la Edad Media y el Renacimiento se elabora, compleja, heterogénea, tejido de contradicciones que se originan de los dos elementos que he tratado de señalar: la persistencia é indestructibilidad del mundo romano: la infiltración, al través de las láminas de bronce de ese mundo, del activo espíritu cristiano, capaz de atravesar, disolver y reconstituir de nuevo el duro metal. El esfuerzo de Italia para conseguir la unidad es el más largo y terco que registran los anales de nación alguna: si hubiese considerado serenamen-



te los elementos que la constituyeron desde los orígenes de la república romana hasta nuestros días, el ideal le parecería aún más inaccesible y remoto.

En el siglo XIII se acentúa y destaca con mayor relieve la complejidad y contradicción de la historia italiana. Deshecha la Liga lombarda, que algún tiempo había permitido esperar que del odio á la opresión germánica surgiese la unidad política, no ya cada Estado independiente, sino cada ciudad y cada villa, se regían á su capricho, teocráticamente, comunalmente, acatando á un *podestà*, á un tirano, á una señora, al César alemán, á un abad mitrado, á una condesa soberana, á un duque, á un cónsul, á un marqués, á un consejo, á un dux, coexistiendo todas las formas de gobierno y todas las magistraturas, cual si Italia fuese únicamente vasto campo de experimentación y ensayo político. La anarquía engendraba la guerra: no sólo combatían los pueblos vecinos y rivales, sino dentro de cada población los vecinos, los que sólo separaba el ancho de una callejuela: estado angustioso que Dante expresó en uno de sus enérgicos tercetos:

«Ed ora in te non stanno senza guerra  
li vivi tuoi, e l'un l'altro si rode  
di quei che un muro ed una fossa serra.»

Sin embargo, en ese abigarrado conjunto de diminutas repúblicas, de ciudades libres y comarcas que aún no sacudieran el yugo de la ser-

vidumbre, de villas comerciales ya florecientes y que empezaba á enriquecer el arte con sus esplendores, — en esa Italia al parecer tan incoherente, es cierto que dominaban las dos tendencias, correspondientes á la dualidad del mundo tradicional romano y el nuevo mundo cristiano que pugnaba por elevarse sobre él. La libertad y el espíritu democrático se alzaban con vigor, retoñando como retoñan los laureles en las ruinas del Foro. La independencia y el patriotismo alentaban en el partido gíelfo, — que era ya un verdadero partido nacional, — la promesa de la unidad futura consolidada por el lazo más fuerte, el de la fe común, la llama religiosa que abrasaba las almas, que lanzaba á las calles turbas de flagelantes con las espaldas acardenaladas, y la palabra paz en los labios, que suscitaba las Ordenes mendicantes, y vestía á los antiguos tribunos con el sayal de los nuevos penitentes; que se desbordaba en los himnos de los poetas, en las tablas de los pintores, y que, sustituyendo á lo que en Roma se conocía por *virtud*, se erguía como un valladar ante las demasías de los tiranos.

Si las luchas que señalan este período de la historia italiana fuesen todas municipales y locales, apenas merecerían que el historiador las tomase en cuenta. Las batallas entre *carroccio* y *carroccio* sólo implicaban conflictos menudos, del género de la ridícula pendencia entre los habitantes de Módena y los de Bolonia, que cantó Tassoni en el poema cómico heroico del *Cubo robado*, y aquellas guerras



de municipios—minúsculas, humorísticas, casi siempre incruentas—poco á poco, mediante la viva y franca expansión de la *individualidad cívica*, iban formando el carácter y restaurando la noción del derecho y de la libertad política. Con división más profunda, con lid más encarnizada y duradera se afirmaba el dualismo de Italia. ¿Necesito decir que me refiero á la lucha entre el Pontificado y el Imperio, á los temibles bandos de güelfos y gibelinos?

Las guerras de ciudad á ciudad podían agitar intereses privados y transitorios; en las del Pontificado y el Imperio jugaban ideas representativas de los dos mundos, el tradicional y el nuevo, antagónicos desde que el cristianismo había salido de su asilo subterráneo y los bárbaros sembrado de ruinas el suelo de Roma. Los gibelinos eran, en toda verdad, los *espectros del pasado*, que no volvían, sino que no habían cesado nunca de habitar bajo las bóvedas del Capitolio y de vagar entre las columnatas del Foro, hechas fragmentos por el paso de las hordas.

Nación que bajo la influencia de este dualismo vive; nación que tiene dos corazones, dos cerebros, dos espíritus, al producir un poeta excelso, un poeta *representativo*, saturado de realidad, derramando vida por todos los poros de su cuerpo—como era Dante—le ha de imprimir, á manera de doloroso é indeleble sello, ese mismo ser doble, la antítesis originaria. Dante sería pequeño si encarnase exclusivamente á uno de los dos bandos en que su patria se di-

vidia. La inmensidad de su genio—y su profunda amargura también—consiste en que los encarna á los dos. Más adelante veremos cómo es imposible explicarse á Dante si no se consideran en él dos poetas colosales, el de la vieja libertad romana y el del joven catolicismo; por ahora baste á mi propósito haber fijado la atención en que la patria y el siglo en que tocó á Dante nacer, vivir y poetizar, no sólo no consentían la unidad y simplicidad al poeta épico, sino que le imponían fatalmente el ser complejo y contradictorio.

## II

Dante Alighieri, florentino de nacimiento, noble de vieja cepa, descendiente del caballero cruzado Cacciaguida, nació en Florencia en el último tercio del siglo xiii, Mayo de 1265. Era hijo de un sutil jurista y de una mujer de gran cultura y viva imaginación. Como suele observarse en todo hombre muy ilustre y excepcional, Dante debió á su padre la razón y el juicio, la voluntad y la sensibilidad á su madre.

Estudió la enciclopedia científica, la Suma de su tiempo; no hay que decir si profundizó la teología y la filosofía; de él se dijo que nadie



fué más versado en materias dogmáticas y que no hubo en su tiempo *clérigo* mayor, es decir, hombre más docto. Por lo que hace á sus conocimientos en ciencias naturales, no cabe duda que serían muchos; pero aun concediendo que poseyese todos los que su época atesoraba, siempre causarían admiración aquellas intuiciones singularísimas con que, al parecer, presintió conquistas muy recientes de la termodinámica y de la física, y describió las constelaciones del hemisferio austral, desconocidas para los hombres del mundo civilizado en tiempo de Dante.

A estos estudios acompañaron otros, que se reflejan en la *Divina Comedia*: las humanidades. El mozo Alighieri aprendió el griego, y se sepultó en el estudio de la lengua del Lacio, bajo la férula de Brunetto Latini, autor del monumental *Tesoro*. Cuando digo *férula*, no vaya á entenderse que califico de enfadoso y seco dómine al hombre que tuvo la gloria de abrir á Dante las puertas de la sabiduría clásica, y de poner por vez primera la mano de Dante en la mano de Virgilio. Ni por esto sólo asiste á Brunetto Latini derecho para que un rayito de la luz que derrama á torrentes la *Divina Comedia* recaiga sobre su torva frente de condenado — pues su discípulo, que no se paraba en barras, le colocó en el *Infierno*, azotado por una lluvia de fuego, expiando nefandísima y hedionda culpa. — Entre los poetas precursores de Dante, hay quien incluye, no sin fundamento, á Brunetto Latini, por las visiones y alegorías de su *Tesoro*.

Al hablar de los primeros años de la vida de Dante, parece que se deja un gran vacío si se omite el episodio de la infantil pasión por *Bice*. En conciencia, no sé si este episodio debe intercalarse en la biografía, y entiendo más bien que tiene adecuado lugar en el que corresponde al simbolismo dantesco. Boccaccio, en su *Vida de Dante*, cuenta que el poeta florentino, á la edad de nueve años, conoció á una doncellita, ó, mejor dicho, niña, Beatriz, hija de Fulco Portinari, y se prendó de ella con delicadísimo, refinado y quitesenciado amor, que endiosó, al modo trovadoresco, en las canciones, decires y sonetos de la *Vita Nuova*. Del objeto de tan ideal afición no se sabe que correspondiese á ella: únicamente consta que se casó con un tal Simón de Bardi, y murió á la florida edad de veinticinco años. Tampoco aparece que Dante pretendiese, en tiempo alguno, dar su anillo nupcial á *Bice*: en cambio es cosa averiguada que se lo dió á Gemma Donati, habiendo en ella seis hijos, cinco varones y una hembra, — todo sin haber consagrado á su legítima consorte ni una mala *ballata*, ni siquiera una *ses-tina*.

Ni soñados amoríos, ni realidades conyugales, ni el culto de las musas, ni los profundos y vastísimos estudios distrajerón á Dante de la lucha política, donde de cabeza se arrojó, menos con el tesón del entusiasta que persigue una idea fija, que con la inquieta y ardorosa actividad del hombre que se siente á la altura de la mayor ambición y se cree capaz de dar norma



de pensamiento á sus contemporáneos. De familia güelfa, y güelfo en un principio, Dante militó, sin embargo, entre los gibelinos, merced á vicisitudes que prueban que entonces, lo mismo que hoy, la significación política de un hombre viene impuesta por los acontecimientos y éstos le arrastran. Las opiniones políticas de Dante influyeron de tal suerte en la *Divina Comedia*, que bien merecen ser consideradas con algún detenimiento.

Desde la pendencia de las investiduras hallábanse frente á frente, armados el uno contra el otro, como aquellos dos siglos de que habla Manzoni, la teocracia y el cesarismo. Ambos formidables poderes, llegados al mayor grado de su vigor, vieron á su cabeza dos varones de singular energía: Inocencio III y Federico II eran dos adversarios dignos de medir sus armas. El Emperador tenía sentado el pie en Italia por la posesión del reino de Sicilia, y su partido se componía de elementos activos y batalladores, los juristas idólatras del derecho romano, los evocadores de historia, que aún prestaban el oído á los magnos recuerdos del *pueblo rey*, los aficionados á la poesía y á la ciencia pagana ó morisca que Federico protegía eficazmente, los capitanes aventureros, hombres de saco y cuerda, que regaban con sangre la campiña italiana para sembrar en ella la sumisión y el miedo, y no pocas ciudades y municipios que esperaban del partido gibelino el aniquilamiento de sus rivales, las ciudades declaradamente adictas al Papa.—El Papa, en

cambio, disponía de fuerzas más poderosas, y ya flotaba en la atmósfera, esparcido en sutiles efluvios de amor y simpatía, revelado en indefinibles señales, el triunfo definitivo de los güelfos. Eran éstos el partido popular, el que estremecía el alma italiana en el siglo XIII, porque representaban aquella fe tan dinámica, tan ardiente y transformadora, que caracteriza el siglo corona de la Edad Media: eran el partido á quien concedía el cielo sus milagros y la tierra sus mártires: el que tenía á los frailes mendicantes por emisarios y propagandistas, á los santos por tribunos: el partido de la gente humilde, la que cree y espera, porque tiene aparejada la victoria. Ya la providencia parecía haber manifestado visiblemente su voluntad en el horrendo fin de Federico el blasfemador y la no menos lastimosa tragedia de los últimos retoños de su raza. Tal era el estado de la contienda cuando empezaron á preocupar á Dante los problemas políticos.

La extinción de los Hohenstanfen los simplificaba. Si Dante hubiese vivido al mismo tiempo que Federico, el autor de la *Vita Nuova* sería favorito de aquel emperador—germano y semi-oriental, idólatra de arte, de poesía y de ciencia, tratado de *hereje* en la *Divina Comedia*.—Muerto Federico y los suyos, el pleito quedaba pendiente entre el espíritu municipal y el feudal, tan repulsivo á la índole de la nación. El mozo Dante salió á la escena política en las filas güelfas, y sirvió á su causa con las armas en la acción de Campaldino. Por entonces los



dos partidos, terror de Italia, que los representaba como á dos perros encarnizados en reñir y devorarse, mudaron de nombre: ya no se dijo *güelfos* y *gibelinos*, sino — como se dice hoy todavía en Roma — *blancos* y *negros*: éstos eran los patricios, aquéllos la plebe. Extrañados de Florencia, en interés de la pública paz, los cabecillas de ambas facciones, y llamados del destierro los blancos, quisieron los negros volver también al seno de la república; pero los florentinos les temían, presintiendo el porvenir de la libertad, y Dante Alighieri fué comisionado para recabar del Papa que no consintiese tal vuelta. No sólo fracasó su misión diplomática — pues el *capitán de la Iglesia*, Carlos de Valois, al entrar en Florencia trajo como en triunfo á los *negros* desterrados — sino que su situación en la ciudad natal fué ya arriesgada y comprometidísima: la facción vencedora desterró á seiscientos blancos; el poeta, en castigo de su misión, fué sentenciado á pagar fuerte suma por vía de multa, á destierro, y hasta á ser quemado vivo si osaba pisar el territorio patrio!

Originaron estos acontecimientos singular anomalía. Los blancos en desgracia, antes tenidos por güelfos, se pasaron al bando gibelino, representante del odio á la casa francesa de Valois; los negros, antes gibelinos, se acercaron á la causa güelfa apoyando al príncipe francés, protegido por la Santa Sede. Así se halló Dante, de la noche á la mañana, separado del partido á que le llamaban sus hondas

creencias religiosas y sus tradiciones de familia <sup>1</sup>.

Desde entonces la melancolía y la adversidad se apoderan de Dante y envuelven su destino en esa sombra que para la figura del gran poeta es aureola y nimbo. Dante, feliz toda su vida en la paz del hogar, ó influyendo en su pueblo, no correspondería á la idea que del tipo dantesco nos hemos formado. Ciertas organizaciones superiores, como la de Dante y la de Tasso, nacen cortadas á la medida de nuestra ilusión, señaladas para la poesía del infortunio. Si el germen de la ambición (tan visible en Dante) hubiese proporcionado al poeta vulgares satisfacciones de mando y dominio en Florencia, se nos empequeñecería ese coloso que tiene el don de agigantarse más cuanto más se remonta. Prefiero á Dante desterrado, y probando, con desesperada y estéril tentativa, á terminar su destierro penetrando en Florencia á viva fuerza, armas en mano.

Cruel dolor debió de ser para Dante — el gran *ciudadano* — vegetar en el destierro y en la pobreza. Humillación penosa y diaria, la que expresó en términos tan enérgicos como suyos, encareciendo cuán amargo es el pan de los otros, y cómo cansa las piernas el subir y bajar las escaleras de la ajena casa. En ánimo tan

<sup>1</sup> Sobre las opiniones políticas de Dante, y en general sobre las ideas del incomparable poeta, debe leerse el hermoso estudio de Ozanam (un tanto apologético en demasía) titulado *Dante y la filosofía católica en el siglo XIII*. A pesar del exceso de apología, hay en él mucho que alabar y que aprender.



esforzado y viril como el de Dante tiene doble valor la queja, y duele pensar cuánto acibar encierran estas frases del Convite: "Desde que plugo á los ciudadanos de la bella y famosa hija de Roma, Florencia, expulsarme de su seno dulcísimo (donde fui nutrido hasta llegar á la plenitud de la vida, y donde anhelo de todo corazón reposar el fatigado ánimo, y extinguir mis días), ando por doquiera que nuestro idioma se extiende, peregrino y casi mendigo, mostrando contra mi voluntad la herida de la fortuna, que para el herido se convierte en culpa y acusación. Fui, como barco sin vela ni gobernalle, arrojado de puerto en puerto y de playa en playa al capricho de la cruel miseria; y aparecí vil ante los ojos de los que por la poca fama mía me imaginaban de otra suerte: y así, no sólo se envileció mi persona, sino mis obras ya escritas y las que faltaban por escribir...". No es posible cuadro más exacto ni que mejor exprese la situación de Dante después de su destierro. Roto, mugriento, humillado, refinaba el sufrimiento con la apresión punzante de que su hábito de pordiosero ridiculizaba y abatía su alada personalidad de poeta.

La hiel del destierro fué cayendo en el alma de Dante, hasta que su nostalgia del pueblo natal se trocó en la saña más fuerte, la saña con que se aborrece aquello que se adora, la saña del enamorado ausente y celoso; y al advenimiento del emperador Enrique VII, el desterrado poeta, que ya declinaba de la edad viril á la madura, escribe al César una carta, incitándole

á que marche sobre Florencia y entre á sangre y fuego en las murallas donde tiene "principio vital", la hidra del partido güelfo. Antes muerta que de otro, pensaba sin duda el pobre florentino alejado del *bel ovile*, y condenado por sus conciudadanos — los que no sabían ver en su rostro la palidez del que regresa del infierno — al suplicio de los precitos, la hoguera.

Las ajenas escaleras que el poeta hubo de subir con dolorosa fatiga, fueron las de grandes y magníficos señores gibelinos, entre los cuales descolló Can Grande della Scala. Es fama que por entonces pasó Dante á París, á oír las lecciones de famosos maestros, reclinado en la paja ó *fouarre* que sustituía á los bancos de las modernas aulas. No debió de ser estéril para la cultura de Dante la visita á la metrópoli del saber en la Edad Media, ni fué ajeno su estudio de las fablas de *oc* y de *oil*, en las cuales pudo leer tantas joyas de la literatura trovadoresca y del ciclo caballeresco, á la tesis que porfiadamente sostuvo, de que eran más bellas y más propias de la cultura literaria las lenguas vulgares que la latina. — Aprovechando los ocios del destierro, Dante retocaba y completaba su trilogía, el "poema sacro en que colaboraron el cielo y la tierra.". La *Divina Comedia* no fué conocida hasta después de muerto Dante. Sus terribles alusiones, sus anatemas, su espíritu vengador y justiciero, el azote de hierro que descarga sobre tantos poderosos é ilustres, desde lo más alto hasta lo más bajo, explican bien la cautela del autor. Los florentinos murmuraron



ban, al oído, misteriosamente, que Dante el proscrito había descendido á los círculos infernales. ¿Qué había visto en la horrenda mansión? ¡Ay de Florencia si lo dijese!

Entre tanto, el poeta oficiaba de jurista y canonista, y escribía el tratado *De la monarquía*, intentando conciliar las pretensiones del Imperio y del Papado, dejando á éste el poder espiritual, el reinado sobre las conciencias, y reservando al otro todo el dominio temporal, el poder ejecutivo. El libro fué puesto en entredicho. El autor, acusado de herejía, hubo de hacer pública declaración de su ortodoxia y someterse á la Iglesia; acto en verdad más edificante que necesario, porque á Dante le rebosa la fe católica por todos los poros.

Siempre lejos de su cara y soñada Florencia, Dante se acogió á Rávena, y al amparo de la amistad de un señor güelfo, Guido Novello, transcurrieron en paz, lejos de las discordias civiles, los últimos tiempos de su vida, que no se extendió hasta los límites de la vejez, pues no pasó de los cincuenta y seis años. Debieron de minarla las adversidades, la estrechez, las emociones, el estudio, la inmensa labor mental, la vida azarosa y errante y el temperamento bilioso, acre, concentrado, melancólico, que se revela en su rostro y en sus escritos. Si hablásemos el lenguaje ingenuo del siglo xiii, diríamos que Dante había venido á la tierra "bajo la influencia del planeta Saturno". Fiel á su devoción más íntima y pura, Dante quiso ser enterrado en la iglesia del Convento de San Fran-

cisco, con el sayal de los Menores y la cuerda de terciario. Así bajaron sus restos á la hoya.

De su tumba surgió como árbol colosal la *Divina Comedia*, que se hizo gloriosa con la celeridad del rayo. Florencia sintió remordimientos... á la hora en que suelen sentirlos las ciudades que expulsan de su seno al hijo más ilustre; cuando ese hijo no es ya más que un puñado de ceniza. La voz del poeta, refiriendo sus sueños de ultratumba, resonaba doblemente solemne y grave, como toque funeral, cuando ya el que con tan terrible color de realidad describía las regiones ultramundanas, no era de este mundo. Florencia, la desamorada madre, pasó sin transición de la condena á la apoteosis. Había por entonces cierto catedrático, algo versificador, autor de una fastidiosa compilación en sextinas, que él mismo titulaba *El monón (L'acerba)*. Tuvo este sujeto la malhadada ocurrencia de censurar con acritud la *Divina Comedia*, seis años después de la muerte de Dante; y los florentinos que tal oyeron, sin esperar á más, le acusaron de sortilego, alquimista y brujo, y le tostaron vivo en la plaza pública — en la misma plaza donde, siete años antes, hubiesen achicharrado á Dante Alighieri, si el sentenciado en rebeldía osara cruzar las puertas del redil en que "durmió siendo corde-rillo", como él decía con graciosa frase.